

TÓPICOS AMATORIOS EN *EL LABERINTO GRIEGO*
DE M. VÁZQUEZ MONTALBÁN¹

JUAN FERNÁNDEZ VALVERDE
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
jufernandez@siff.us.es

Hace ya bastantes años -en concreto en 1972- que M. Vázquez Montalbán creó al detective Pepe Carvalho, testigo desencantado y cínico de los últimos veinticinco años de la historia de España y ocasional trasunto del propio autor. De las más de veinte novelas de la serie sólo en *El laberinto griego* (1ª ed. en Planeta, 1991) su escéptico protagonista suelta alguna rienda a su sentimiento amoroso y permite que en ella aparezcan unos cuantos de los más notorios tópicos amorios. La trama es muy simple. Carvalho se enamora a primera vista de una francesa, Claire, que acude a su despacho para que le busque a Alekos, un griego del que está enamorada y que a su vez la dejó por Dimitros, otro griego.

La irrupción de Claire ante el detective provoca el flechazo con sus consiguientes *signa amoris*:

Sólo cuatro, quizá cinco veces, le había dolido el pecho de aquella manera. Hay mujeres que duelen en el pecho al contemplar la contención exacta de sus carnes y basta que te miren para que la patada de plomo te rompa el esternón y una dulce asfixia impida pensar en la existencia del aire. Pero a veces les basta estar, aparecer sin que tengas tiempo de analizar las razones; es su presencia, su estar en el mundo el que vacía el tiempo y el espacio, desparramando la angustia esencial, la primera angustia del primer hombre cuando se sintió convocado por la primera mujer (...) Se sintió tan conmovido que tuvo miedo primero y luego una indignación repartida contra sí mismo y contra aquella desestabilizadora de su equilibrio (p. 10).

¹El presente trabajo se incluye en el Proyecto de investigación PB97-0442-C02-01, financiado por la DGICYT (Madrid).

Lo que sigue es la lógica *descriptio pulchritudinis*, tanto la que Carvalho hace de Claire,

Era tan hermosa que Carvalho tardó unos instantes en darse cuenta de que iba acompañada. Sobre todo los ojos, contruidos con piedras preciosas aún no clasificadas por ningún geólogo y aquellos cabellos miel oscura, espesos también como las mejores mieles oscuras, acariciantes de una cabeza de diosa dulce, la piel de melocotón sazornado, boca besadora de palabras (p. 11).

como la que ésta hace de Alekos:

...pero era guapísimo. Tenía un cuerpo de atleta griego adolescente, a pesar de que estaba a punto de cumplir los treinta años y en cambio su rostro era el de un marino griego actual, curtido, con unos bigotes a la turca y algunas entradas. Desnudo parecía un adolescente poderoso con la cabeza de un pirata turco (p. 15).

Al detective, como a Catulo (51), le asalta la *lucha interna* entre el deseo de un amor de por vida y el previsible desenlace de los acontecimientos:

Me gusta demasiado una mujer y no me gusta que me guste demasiado una mujer. La otra noche (...) quise que se quedara conmigo para siempre, que cambiara su vida, que cambiara mi vida. Me irrita sentirme vulnerable, aunque sea durante cuarenta y ocho o durante setenta y dos horas. Ella se ha marchado o se marchará pronto y me deja hecho un adolescente, un viejo adolescente con los colmillos bailones y frustrados (p. 118).

Esta idea, la de comportarse como un adolescente o la de que la adolescencia es la única edad del amor, aparece recurrente en la historia (v. pp. 62 y 63) debido a que

Hay rincones de adolescencia sensible que permanecen escondidos en el espíritu y emergen cuando menos te los esperas (p. 107)

La situación en que se ve inmerso era algo que “no le había pasado desde hacía muchos años y se sentía más ridículo que culpable”, lo que da paso al motivo de la *crueldad del enamorado*: “Se sentía cruel, legítimamente cruel, como sólo puede sentirse un animal racional enamorado” (p. 63), porque, otra vez como Catulo, ya ha experimentado la *dulcis amarities* del amor:

Cuando era adolescente y estaba lejos del objeto de su deseo acostumbraba a descender las Ramblas... había sido fiel al impulso cada vez que posteriormente se había sumergido en la agrídulce imbecilidad del amor (p. 63; v. también pp. 10-11)

Por su parte, el relato de Claire es más pasional. Ella sí que da rienda suelta a todos sus sentimientos; el tópico de los celos aparece enseguida en su historia, acompañado de los del rival (*rivalis*) y de las quejas (*querellae amoris*),

Luego noté que disminuían nuestras relaciones sexuales y que su capacidad de fantasía no era la misma... no dejé pasar demasiado tiempo y le eché en cara su cambio de actitud. Caí en el tópico de preguntarle quién era la otra. De dar por hecho que había otra. Y él en vez de tranquilizarme o de hundirme del todo con la verdad, con la verdad más cruel, me dejó gritar, dejó que me desesperara... (p. 21; v. también p. 16)

que da paso al llanto de amor (*fletus amoris*)

Lloraba desde una profunda angustia interior. Como sólo se llora cuando se ama. No era un llanto ante la muerte. Era un llanto del sentimiento amoroso frustrado (p. 22),

y a que ella se convierta en una *irata amans* que no sólo insulta al rival (“Le insulté como insultan las putas borrachas...”), sino que es capaz de matar por amor (“A Dimitros quise matarlo”, p. 26). Entre medias no deja nada por intentar, llegando incluso a recurrir al tópico de la *exclusa amatrix*

Escenas de este tipo hice todas las que usted pueda imaginarse, como dormir una noche en el portal de la casa donde vivía Alekos esperando a que él se apiadara de mí (p. 26; hay una escena semejante en *Las cenizas de Laura*, una de las *Tres historias de amor*, 1987, p. 45, de la misma serie).

Uno de los personajes tangenciales de la novela afirma en la p. 60: “El amor es una enfermedad”. Y como bien se sabe, el *mal de amores* tiene sus *remedia amoris*; a varios de ellos recurre Carvalho: al trabajo:

Ella no había llamado, hasta Biscuter sabía de qué mal se estaba muriendo, y bien para aplicarse una cura de urgencia, bien porque necesitaba distanciar todo lo ocurrido, Carvalho recuperó las notas del caso Brando... (p. 122),

al alcohol:

Cuando se descubrió a sí mismo Ramblas abajo, siguiendo el rastro del adolescente que había sido, consiguió controlarse y desviar los pasos para meterse en Can Boadas, en busca del primer martini... (p. 63; v. también p. 107),

a la poesía:

Me siento tan inseguro que hasta escribiría poemas (p. 119),

o, simplemente, a la vuelta a la realidad para borrar de una vez por todas de su mente a la *puella diuina*.

Pero de pronto, Carvalho se recuperó a sí mismo y se oyó mascullar: ¡Nos ha jodido, la diosa! (p. 185)